

Un premio politizado

Angel Rama

Signo de los tiempos, el Premio Rómulo Gallegos, que cada cinco años se concede en Caracas a la mejor novela del período escrita en lengua española, tiende a perder su significación primera literaria en beneficio de una adventicia validez política. La polémica que en dos ocasiones ha acompañado su concesión rebasa el campo artístico.

A su segunda convocatoria no concurrieron las principales novelas publicadas en el quinquenio 1967-1972, ya sea por desinterés de autores y editores, ya porque se descontaba el triunfo de Gabriel García Márquez. Por una u otra razón, faltaron a la consideración del jurado obras como *Cambio de piel* de Carlos Fuentes, *La mala vida* de Salvador Garmendia, *El obsceno pájaro de la noche* de José Donoso, *La reivindicación del conde Don Julián* de Juan Goytisolo y, como si fuera poco, *Paradiso* de José Lezama Lima. Si a esto se agrega que no hubo contribución cubana ni, prácticamente, mexicana, se comprende que el jurado no haya tenido que deliberar mucho y que, como el propio autor dijera con humor, no resultara imprescindible para conceder un premio sobre el que bastaba consultar a los choferes de Caracas.

Pero si este desinterés de autores y editores disminuyó considerablemente la expectativa que toda competencia produce, pudiendo los estudiantes de la Escuela de Letras, en su manifiesto a los escritores extranjeros, ver con sorna la tarea del jurado, el interés y la discusión se trasladó a otro tema que mucho antes de ser concedido el premio venía siendo conversado en algunas ciudades de América Latina y debatido a voz en cuello en Caracas: qué haría García Márquez con el premio que sin duda se le concedería y que asciende a 100.000 bolívares, o sea unos 25.000 dólares. No ha pasado mucho tiempo de la acida requisitoria de Haydée Santamaría contra Mario Vargas Llosa, reprochándole no haber entregado el primer premio Rómulo Gallegos a las guerrillas del Che Guevara, olvidando que en su oportunidad festejaron el discurso —"La literatura es fuego"— con el cual Vargas aceptó la distinción. Pero de cualquier modo la requisitoria cubana parece haber marcado el destino de este premio y casi nadie en Caracas dudaba de que García Márquez no lo utilizaría para comprarle su yate a Carlos Barral como había anunciado bromísticamente, sino para contribuir a las finanzas del MAS.

La entrega del premio vino a hacerse por partida doble, en dos versiones sucesivas y bien diferentes. En el Teatro París, con una de esas protocolares mesas de maniqués de cera - donde sobresalía el aceitunado y andalucísimo Mario Vargas y el rollizo y oscarwildeano Rodríguez Monegal— el director del INCIBA, Alfredo Tarre Murzi entregó cheque, diploma y placa en un acto a la carrera que duró 18 minutos y donde le cupo al alto funcionario venezolano pronunciar la alocución revolucionaria y al escritor la salutación liviana. La concluyó con una referencia a la "mamadera de gallo" y a la naturaleza "cojonuda" de los venezolanos que la prensa, delicadamente, ignoró, limitándose a recoger la frase en que García Márquez reconoció cuán alejado de su temperamento se halla la parafernalia de los premios: "Siempre he creído en contra de otros criterios muy respetables, que los escritores no estamos en el mundo para ser coronados, siempre he creído y muchos de ustedes lo saben, que todo premio es peligroso, que toda subvención compromete, que todo homenaje público es un principio de embalsamamiento."

A la mañana siguiente y en un clima bien distinto -como de patio de colegio- en los fondos de una casa venezolana tapizada de afiches políticos, los dirigentes del MAS y algunos

amigos extranjeros nos reunimos para la segunda entrega del premio. La bolsa con que García Márquez había ido a cambiar el cheque al banco resultaba desmesurada para los dos paquetitos de billetes en que se habían resuelto los 100.000 bolívares, pero el júbilo de Pompeyo, de Teodoro, de Fredy, de Argelia y de todos no tenía igual: había quedado asegurada la aparición del diario "Clarín" destinado a sostener la candidatura de José Vicente Rangel y a difundir la doctrina del MAS, en este momento el más impulsivo y exitoso de los grupos socialistas del panorama político venezolano.

Pero sobre todo el partido se había anotado un triunfo propagandístico sin igual. Los 100.000 bolívares del premio resultaba, en publicidad, un millón y G.G.M -que de eso sabed disfrutaba de su reencuentro con un alegre grupo de amigos, con un partido político que representa bien sus ideas y sobre todo con eso que le es tan querido y necesario: la reincorporación a una comunidad humana solidaria y afectuosa, afán que rige su vida y también su literatura.

El año pasado, en un reportaje, había dado respuesta nítida a la frecuente pregunta que se hace en América Latina acerca de sus ideas políticas: "Mi problema con Colombia -dijo- es que no existe allí un partido con el cual pueda identificarme plenamente. Podría decir que es mi problema, en general, en América Latina. O se intenta una amplitud tan grande que finalmente se cae en brazos de la oligarquía o se cae en un sectarismo principista, sin ningún contacto con la realidad y por lo tanto ineficaz. Solo en Venezuela he encontrado un partido que está evitando con inteligencia política, ambas trampas: ese partido es el de ustedes, el Movimiento Al Socialismo. Pueden decir que me siento plenamente identificado con la ideología que ustedes propician y solo el hecho accidental de no ser venezolano -solo la estupidez del pasaporte y la frontera- me impide ingresar a las filas del MAS".

Si bien las autoridades del país actuaron con elogiada discreción, reconociendo la legitimidad del acto del escritor al donar "su" dinero a un partido de oposición sin interferir en ello ni hostigarlo y hasta invitando al presidente Caldera a un almuerzo íntimo al escritor, no faltaron las voces iracundas de procedencias tan contradictorias como los católicos preconciarios o miembros del antiguo PCV. Un periodista iracundo, le increpó así:

—¿Por qué no al PCV? ¿Por qué al MAS específicamente?

—Porque mi solidaridad es con el MAS.

—¿No es con el Menos?

—Eso lo dice usted.

—¿No cree que ese dinero puede ser empleado para otros fines que vayan en contra de la democracia?

—Estoy absolutamente seguro que no. Y si lo creyera no lo hubiera dado.

—¿Habría sido más factible haberlo entregado a una asociación de Colombia para, por ejemplo, amparar a estudiantes que no tienen recursos para estudiar?

—Hay dos cosas: primero, no se trata de una obra de caridad, sino de un acto político muy definido. Y segundo: yo quería que ese dinero se quedara en Venezuela.

—¿Por qué cree usted que el MAS le merece tanta confianza como para entregarle esa cantidad de dinero?

-¿Usted cree que es mucha? Yo creo que es muy poco para hacer la revolución. Pero algo es algo.

Los del MAS se entregaron al regocijo; comieron, bebieron y bailaron, nos fotografiaron, filmaron y reclamaron que dijéramos que eran bellos y buenos, y utilizaron el acontecimiento para publicitar su divisa: "Socialismo, ahora". En uno de sus infinitos reportajes, G.G.M. dijo que probablemente no fueron tres mil los asesinados en la huelga de la bananera de 1928 que cuenta en su novela, pero que a partir de los *Cien años* nadie en América ignorará esa huelga y esa represión. Del mismo modo hubiera podido agregar que ahora nadie en el continente ignorará qué es el Movimiento Al Socialismo. Salvo Pompeyo Márquez, que sigue pareciendo el viejo dirigente obrero, tenaz y firme, todos los integrantes de la plana mayor pueden ser confundidos con intelectuales o con campeones de bailes tropicales. Observándolos en estos días de júbilo, parecía imposible coordinarlos con su historia porque ellos hicieron la guerrilla, alzaron en armas al partido comunista venezolano, lo llevaron a la montaña, fueron capturados, torturados, condenados a prisión por años, hicieron el repliegue que motivo el áspero conflicto con los cubanos y terminaron separándose del PCV que acaudillan hombres tan respetables como los hermanos Machado, para intentar una nueva fórmula: el socialismo, ahora, pero un socialismo venezolano. La discrepancia con los soviéticos al ser ocupada Praga –que motiva un lúcido libro de Teodoro Petkoff sobre los problemas del campo socialista– y la posterior evolución en el sentido de proponer soluciones nacionales para el desarrollo del país –que motiva el segundo libro de Petkoff sobre el socialismo en Venezuela–, les permitió componer una imagen original que no tiene muchos equivalentes en América Latina.

Si ha habido movimientos nacionalistas (en Puerto Rico, en Perú, en Uruguay y Argentina) que se han aproximado al socialismo, asumiendo sus planteos en el campo económico y social, no hay muchos ejemplos de un movimiento que se desgaja del tronco comunista tradicional para nacionalizarse intensamente y proponer una teoría interpretativa de tal situación. De ahí que no ha faltado quien coloque la solución del MAS entre las decisivas que América Latina ha de jugar en la década de los setenta, marcada por la aparición de los frentes populares encabezados por sectores de izquierda (como la Unidad Popular chilena). Es a esta nueva formulación política que uno de los escritores que menos activismo político ha desplegado, le ha conferido una difusión universal con su gesto. Si en esta época de aparente caducidad de los poderes sociales del escritor, tan mediatizados por los diversos instrumentos masivos, se necesitaba dar una revitalización de su prestigio e irradiación carismática, ella ha sido lograda con este gesto de Gabriel García Márquez. El cual, por lo demás y sin que probablemente lo haya pensado el colombiano, no ha hecho sino reponer y modernizar la actitud de quien da nombre al premio: Rómulo Gallegos.

Claridad N° 407, 24 de setiembre de 1972